

1. El Populismo en la Historia

1.1. Los primeros populismos

J. B. Allock (1971:372) afirma que los referentes históricos del término ‘populismo’ -hasta mediados de la década de 1950 objeto de atención de historiadores y luego también de sociólogos- en un primer momento fueron por un lado, los movimientos rurales radicales del Medio Oeste americano de fines del siglo pasado y, por otro, el “temprano movimiento socialista utópico de intelectuales rusos” del mismo período, los llamados *narodnik*, que viene del vocablo ruso *narod* (‘pueblo’, ‘folk’ o ‘nación’).

El uso correcto del término *narodnichestvo* y el tema de quiénes deben o no deben ser considerados populistas son cuestiones alrededor de las cuales ha girado bastante debate académico. Dicho en forma sintética, existe un uso más restringido y otro más amplio. En el primer caso, la *intelligentsia* rusa utilizaba el término *narodniki* o ‘populista’ para señalar una actitud en particular dentro del movimiento radical, una nueva actitud de humildad hacia el pueblo, que llevó a los *narodniki* a sostener que los intelectuales no deberían conducir al pueblo en nombre de ideas abstractas, extranjeras y sacadas de los libros sino adaptarse ellos al pueblo tal cual es, fomentando la resistencia al gobierno en nombre de las necesidades cotidianas reales. En el segundo caso, el término populismo se utiliza para referirse a todo el movimiento revolucionario ruso no marxista desde los escritores pioneros hasta la década de 1890 y aun más allá; en otras palabras *narodnichestvo* denota un socialismo agrario de la segunda mitad del siglo diecinueve, que postula que Rusia podía evitarse la etapa capitalista de desarrollo

y proceder a través del artel (cooperativa de obreros o artesanos) y la comuna campesina directamente al socialismo.

Veamos ahora quiénes fueron los populistas rusos. En la Rusia de fines del siglo XIX, la vasta población rural trabajaba penosamente en condiciones de miseria y sujeción sin paralelo en Europa, bajo un estado autocrático y represivo. Entre el estado y los campesinos se encontraba una tercera fuerza, una elite instruida, pequeña pero de vital importancia, cada vez más orientada hacia las formas occidentales de pensamiento. Según Margaret Canovan, esta minoría privilegiada, consternada por la injusticia de su sociedad e incapaces de soportar el sentimiento de culpa al verse beneficiados por este estado de cosas, alentó y trabajó para la revolución. Sin embargo, no se proponían seguir ciegamente las formas e instituciones occidentales, sino que construyeron una visión específicamente rusa del futuro. Haciendo una síntesis entre las ideas de los eslavófilos conservadores que valoraban las tradiciones de las comunas campesinas y las ideas fraternales del socialismo europeo, postularon la posibilidad de construir una nueva sociedad socialista sin pasar por las mismas etapas europeas de capitalismo y expropiación.

Hacia principios de 1870, el impulso de hacer sacrificios por el pueblo se volvía predomina en círculos intelectuales. Se entendía que el desarrollo de la civilización para unos pocos privilegiados se había logrado gracias al trabajo y al sufrimiento de la masa del pueblo y que, por lo tanto, las ‘clases cultas’ debían reconocer que tenían una enorme deuda moral con el pueblo. Luego de literalmente “ir al pueblo” (*khozhdenie y narod*) en 1874, los que participaron de la aventura volvieron con una nueva conciencia de las dificultades que implicaba hacer la revolución y, sobre todo, de

las diferencias entre la perspectiva de los intelectuales y la de los campesinos. Sin embargo, su compromiso con un futuro socialista seguía en pie y en 1876 emergió un partido llamado *Zemlya i Volya* (Tierra y Libertad)⁴. El ideal de los populistas rusos era una Rusia socialista, despojada del estado autocrático y sus inequidades sociales y económicas, en la cual reinaran la hermandad y la armonía. Creían que esa armonía y hermandad estaban profundamente enraizadas en las tradiciones de la aldea rusa, en particular en la práctica de la tenencia comunal de la tierra en virtud de la cual no existía la propiedad absoluta y exclusiva de la tierra dentro de la aldea y los lotes se reasignaban equitativamente en forma periódica a través de la repartición.

La cuestión era cómo trabajar hacia este objetivo. Según Canovan, la pregunta tuvo dos respuestas entre las cuales se dividió el movimiento: a. una elitista y conspiradora que sostenían que la única posibilidad de construir un amplio movimiento popular residía en la organización de un partido estrechamente cohesionado que golpeara al gobierno de la única manera posible para un grupo pequeño -con actos de terrorismo individual- cuyo objetivo final era tomar el poder y construir una sociedad socialista. b. la otra respuesta fue populista en el sentido estricto de del término: la nueva política de *narodnichestvo* o ‘populismo’ significaba abandonar el aire enrarecido de la elite intelectual y sus teorías abstractas y adaptarse a las necesidades, las perspectivas y los intereses del pueblo. En 1879 el partido finalmente se dividió en moderados y radicales. Un sector llamado *Cherny Peredel* (Repartición Negra)

4 Las demandas que formulaban fueron las siguientes: la división igualitaria de la tierra entre los campesinos para que éstos organicen sus cultivos a través de las comunas rurales, libertad para los pueblos subordinados del imperio ruso y gobierno local autónomo para las *obshchinas* comunas campesinas.

para significar su demanda primordial de redistribución igualitaria de la tierra entre los ‘negros’ o ‘clase servil’ se quedó a trabajar con el pueblo, dirigidos por Plekhanov (quien posteriormente se convirtió al marxismo). La fracción más fuerte, *Narodnaya Volya* (la Voluntad de Pueblo), decidió concentrarse en la lucha terrorista contra el estado autocrático. Luego de muchos fracasos, asesinaron al Zar Alejandro II en marzo de 1881.

Resumiendo, entonces, el populismo ruso, en su uso convencional amplio, abarca aproximadamente desde 1870 hasta 1917 e incluye una amplia variedad de pensadores y activistas; por lo tanto, es difícil establecer un conjunto de proposiciones que todos los populistas hubieran aceptado. Pero en el caso de los *narodniki* de la década de 1870 el significado es más claro: el énfasis está puesto en ‘ir al pueblo’ acatando sus deseos y luchando por defender sus intereses, en particular la tierra campesina y la libertad respecto de los terratenientes y el estado. Canovan afirma que, mientras que en su sentido más amplio, el populismo ruso mantenía un núcleo de compromiso con el socialismo agrario basado en la comuna campesina, el término también incluye otros elementos relacionados histórica aunque no lógicamente con éstos como el terrorismo revolucionario, y el desdén hacia la reforma política gradual y las medias tintas liberales, la oposición al determinismo histórico y un énfasis en la posibilidad de caminos históricos alternativos y en el rol de las ideas y las acciones individuales en su producción; y, *last but not least*, un tremendo compromiso y conciencia moral. Aunque estos elementos no constituyen una ideología totalmente coherente, sí constituyen un estilo de pensamiento característico que va a ser muy distinto al populismo de Estados Unidos.

Por la misma época pero en forma independiente, aparentemente sin siquiera saber que muy lejos había otros grupos a los que se denominaría populistas, en Estados Unidos los agricultores del *Middle West* unieron sus voces para protestar contra los políticos y los banqueros de la Costa Este. El apoyo del movimiento populista provino de los estados occidentales y de los sureños y en su enorme mayoría estaba integrado por *farmers* (granjeros) que demandaban intervenciones socializantes más amplias por parte del gobierno. Los problemas de los *farmers* estadounidenses de fines del siglo pasado eran los siguientes:

a. las corporaciones ferroviarias cobraban precios monopolísticos pues los *farmers* eran clientes cautivos: dependían de ellos para obtener equipos y provisiones y para enviar sus granos al mercado. El poder de las compañías se veía aumentado porque dominaban la política estadual del Oeste: tomaban cuidadosos recaudos para mantener controladas las legislaturas y asegurarse, a través de sobornos y corruptelas, de que sus intereses serían protegidos.

b. la sujeción a los acreedores era una pesadilla permanente. Los *farmers* necesitaban capital para comprar maquinaria y alambrar pero cuando la cosecha era abundante, el mercado se saturaba y los precios caían, a lo que se sumaban las pérdidas de cosechas en los períodos de sequía. Por otro lado, estaban en manos de los comerciantes locales quienes les vendían a crédito obligando a las familias a hipotecar la cosecha del año venidero sin siquiera haberla sembrado aún. El endeudamiento y la experiencia de sometimiento y humillación que implicaba el endeudamiento constituían una vivencia frecuente para los *farmers* quienes formaron la espina dorsal del movimiento populista.

c. Otro problema era la reducción del circulante que forzó una baja en los precios de sus productos a la vez que un incremento en el valor del dólar, aumentando de esta manera el endeudamiento de los *farmers*.

Hacia principios de 1880, con la consigna de que la unión hace la fuerza y la ilusión de volver a ser libres e independientes, los *farmers* intentaron crear cooperativas de compra y venta para defenderse frente a los acreedores. Sin embargo, la mayoría de las cooperativas fracasó gracias a la oposición enconada de comerciantes y banqueros locales y también porque su base financiera era demasiado endeble, sus patrocinadores demasiados pobres. El intento de obligar al gobierno a hacer por ellos lo que no podían hacer por sí mismos, los forzó a entrar en la política a la vez que convirtió a su movimiento en populista. Pero entrar en política no era una cuestión simple. Aunque fueron creciendo Alianzas en varios estados, los disensos variaban entre líneas moderadas y otras radicales, y divisiones en torno a la cuestión racial debido a la actitud ambigua de la Alianza hacia los *farmers* negros; por otro lado, no pudo llevarse a cabo la idea de una gran coalición entre el Sur y el Norte, una unión de *farmers* y trabajadores, de productores contra monopolistas y financistas del Este plutocrático. Entrar en política también significaba que el control del movimiento pasaría inevitablemente de los *farmers* a los políticos profesionales hacia quienes los *farmers* manifestaron una permanente hostilidad y, por otro lado, que se tensionaba el problema de las lealtades partidarias. Construir un tercer partido era una tarea harto difícil.

Se siguieron distintas estrategias según las circunstancias y tradiciones políticas de cada estado. Aunque finalmente emergió

un partido de carácter nacional en 1892⁵, el camino fue difícil y muchos abandonaron sobre la marcha. El fracaso de las cooperativas cobraba sus bajas pero las tensiones que implicó romper con viejas lealtades partidarias alejaron a muchos más. De todas maneras, hasta el sur formó un Partido del Pueblo (*People's Party*) y dio, además, el dramático paso de incluir a miembros negros en sus filas. Finalmente, en 1896 se produjo una fusión en el ámbito nacional entre el Partido del Pueblo y el Partido Demócrata que nombra un candidato de estilo y posiciones populistas e incluye varias demandas de este grupo en su plataforma pero perdió las elecciones y los populistas descubrieron que habían destruido su partido inútilmente. Con posterioridad a 1896, cuando lo que quedaba del Partido del Pueblo se perdía en el olvido, se produjo un auge de prosperidad económica causado por aquello mismo que los populistas habían estado reclamando: un aumento en el volumen de la base monetaria al descubrirse nuevos campos mineros y procesos extractivos.

Ambos populismos se enfrentaron al desafío “del industrialismo, el urbanismo, la grandiosidad, la centralización, la jerarquía, ambos trataron de resistir estas tendencias y de descentralizar lo social [...]” (Worsley 1970:271); ambos se opusieron al avance del capitalismo y a uno de sus resultados principales: la destrucción o el severo agotamiento de la pequeña propiedad y la producción en pequeña escala (Vilas 1994:34). Aunque ambos son ‘populismos

5 Se nominó el primer candidato y se estableció el primer programa populista. Luego de una descripción de las condiciones miserables a que había sido reducida la gente común debido al poder de los plutócratas, el preámbulo declaraba que se buscaba ‘restituir el gobierno de la república a la gente común, clase de la cual ese gobierno había surgido’. Los populistas declaraban que para remediar el sufrimiento de ‘la clase productora’, los poderes del gobierno debían ser ampliados, que la riqueza pertenecía a quien la creaba, que los ‘intereses del trabajo rural y cívico’ eran los mismos y sus enemigos idénticos”.

agrarios', los populistas rusos, con su desprecio hacia la reforma constitucional liberal y 'la adopción del terrorismo como opción ética', ofrecen un fuerte contraste con el compromiso de los populistas estadounidenses con los procesos políticos y la búsqueda de leyes e instituciones para proteger sus intereses. Ambos idealizaron al pueblo y aspiraron a un control de la sociedad desde abajo pero resulta obvia la diferencia entre un impulso como éste que proviene del pueblo mismo y aquel que proviene de una *intelligentsia* sacudida por sus remordimientos de conciencia (Canovan 1981:96).

Por otro lado, mientras el populismo de Estados Unidos contaba con una base rural de masas, los rusos no contaban con nada por el estilo; mientras los ideólogos del populismo de Estados Unidos provenían del 'pueblo' (eran editores de periódicos destinados a los agricultores, predicadores o hijos de predicadores de tendencia fundamentalista), los populistas rusos provenían de las ciudades y de sectores sociales distintos de los campesinos. El populismo ruso proponía como elemento central de su diseño reformista el fortalecimiento de la propiedad comunitaria y el apoyo a federaciones y cooperativas; muchos de los *narodniki* fueron socialistas y la ideología fue un ingrediente importante. El populismo estadounidense, en cambio, fue siempre un firme defensor de la propiedad individual o familiar y su socialismo más bien una cuestión de interpretación externa y *a posteriori* y la ideología y las teorizaciones jugaron un papel menor (Vilas 1994:35). Mientras en el populismo ruso aparece la tensión entre 'pueblo' e intelectuales, en el estadounidense se manifiesta la tensión entre 'pueblo' y políticos profesionales; ambos rasgos de los populismos latinoamericanos de este siglo.

El término ‘populismo’, en fin, entró a la literatura desde Rusia y los Estados Unidos para hacer referencia a movimientos de base rural y con un fuerte contenido anti-élite. Pero hay otro populismo en el mundo tan famoso como los primeros: el latinoamericano.

1.2. La literatura sobre populismo en América Latina

El populismo ha constituido uno de los fenómenos históricos principales en la experiencia política de América Latina en este siglo. Drake (1982:237-9) sugiere que podría ser útil considerar las nociones de populismo ‘temprano’, ‘clásico’ y ‘tardío’. Sin caer en una mirada rígida, afirma que se podría argumentar que el *timing* de las condiciones apropiadas para estos tipos de populismo varió de país en país. En las primeras décadas del siglo XX, América Latina era predominantemente agraria, tenía sistemas políticos aristocráticos y excluyentes, no se habían desarrollado grupos de interés, sindicatos fuertes ni partidos de masa. A medida que el crecimiento capitalista y urbano erosionó la hegemonía tradicional de las clases altas, emergieron los precursores del populismo en las ciudades más grandes y los países más prósperos, los que podrían denominarse los ‘*populistas tempranos o liberales*’. Aunque atraían algunas simpatías del sector obrero, se apoyaban en las elites no comprometidas con el ejercicio del poder y la emergencia de las clases medias. Generalmente limitaron sus promesas reformistas a la democratización legalista destinada a las minorías alfabetizadas (Yrigoyen en Argentina, Alessandri en Chile).

Durante los años treinta y cuarenta, afirma Drake, aparecieron los ‘*populistas clásicos*’. Las figuras sobresalientes incluyen a

Haya de la Torre, Grove, Cárdenas, Betancourt, Gaitán y Perón. Mucho más que los primeros, estos líderes movilizaron amplias franjas de las masas urbanas tras programas animados por ciertos eslóganes e ideas socialistas. El temprano radicalismo de algunos miembros del APRA en el Perú, del movimiento de Cárdenas en México, Acción Democrática en Venezuela y del Frente Popular en Chile no debería perderse en la lejanía de la mirada retrospectiva. Además, estos movimientos se autopercebían como cohesionados por el fin de la reforma social a favor de los trabajadores, la democracia electoral y el nacionalismo continental (Indoamericano) contra el imperialismo y el fascismo (estas posiciones fueron expresadas en el primer Congreso Latino Americano de Partidos de Izquierda organizado en Chile en 1940 por los socialistas chilenos; los principales participantes incluyeron al APRA, la AD, y el oficialista Partido Revolucionario de México). Según Drake, el populismo constituyó una respuesta coherente a los procesos de aceleración de la industrialización, la diferenciación social y la urbanización. Los populistas prometieron medidas de bienestar y crecimiento industrial protegido. Aunque el *establishment* sin duda prefería los arreglos ordenados del pasado sin la intrusión de estos movimientos de masa, a los ojos de muchos líderes reformistas y aun de algunas elites del establishment, continuar excluyendo a las clases medias y a los trabajadores urbanos pronto pareció representar un precio más alto que permitir su incorporación gradual.

Hacia los cincuenta y sesenta las perspectivas del populismo policlasista declinaron. Importantes populistas continuaron apareciendo en escena incluyendo Paz Extensoro en Bolivia, Vargas, Quadros, Brizola y Goulart en Brasil, Ibáñez y algunos demócratas cristianos en Chile y Velasco Ibarra en Ecuador. Sin embargo,

se enfrentaron a graves problemas económicos: el proceso de industrialización por sustitución de importaciones (ISI) comenzó a encontrar obstáculos, se produjo un relativo estancamiento industrial y una inflación aguda. Además, afirma Drake adoptando una perceptiva germaniana, la proliferación de actores políticamente relevantes que habían motivado la aparición del populismo y las demandas de trabajadores, campesinos, emigrantes urbanos-rurales y mujeres comenzaron a desfasarse del proceso de institucionalización. Ante las condiciones cambiantes, algunos populistas como Haya y Betancourt se volcaron a la derecha y de esta manera se volvieron más aceptables para las elites nativas y extranjeras. Otros, sobre todo en Perú y Venezuela, se volcaron hacia la izquierda del partido matriz y hasta formaron fracciones guerrilleras.

Los *'populistas tardíos'* de los setenta incluyen, para Drake, a Echeverría en México y Perón en Argentina. Fue muy difícil para ellos revitalizar las alianzas y los programas populistas de épocas anteriores que aparecían como inadecuados para lidiar con el pluralismo social y los conflictos que años de modernización y políticas populistas habían alimentado. A medida que la red de intereses se multiplicó y solidificó, el espacio de maniobra en la arena política se redujo. Las elites percibían que el precio que se debía pagar por la inclusión de las masas -aumentos de sueldos, inflación, transferencias de recursos y aun el desplazamiento social (el fantasma de Cuba y Chile)- ahora parecía ser mayor que los riesgos de una exclusión forzada. En consecuencia, hacia mediados 1970, bajo severas presiones económicas y sociales, las fuerzas armadas proscribieron al populismo en la mayoría de los países de América Latina.

Científicos sociales, tanto nativos como extranjeros, han intentado descifrar los enigmas de estos populismos latinoame-

ricanos desde distintas perspectivas. Aunque algunos sostienen que el término alude a una variedad tan grande de fenómenos que es imposible encontrar rasgos en común que justifiquen el uso científico del concepto -"la tesis negativa" como la llama Mouze-lis (1985:329)-, la mayoría de los autores ha intentado pensar el fenómeno desde las ciencias sociales, si bien generalmente hacen de la carencia su rasgo fundamental. Existen, por lo tanto, distintas formas de clasificar los enfoques con los que se ha abordado al populismo; en realidad, casi tantas como artículos sobre el tema. Desde un punto de vista metodológico podemos decir que existen proposiciones sobre su naturaleza, proposiciones sobre su emergencia y proposiciones sobre sus efectos.

2. Interpretaciones sobre la emergencia y dinámica de los populismos contemporáneos

Un grupo de autores de la literatura reciente plantearon la discusión sobre el concepto de 'neopopulismo' que ha recuperado este término para aplicarlo a fenómenos contemporáneos. Uno de ellos es Zermeño (1989) quien, analizando el caso mexicano, relaciona la reaparición de lo 'popular nacional' con los efectos de la salida de un orden tradicional y el crecimiento acelerado, y el encuentro posterior con el estancamiento; con su consecuente impacto modernizador en la urbanización, en la industrialización -en una matriz social muy diferente a la europea que fue cuna del industrialismo- en el primer momento y el choque contra el muro del estancamiento sin ninguna previsión, en el segundo. El problema que está en la base de estos procesos, para Zermeño, es el debilitamiento de los precarios órdenes intermedios de estas sociedades

en tránsito acelerado hacia el estancamiento. Las dificultades para denotar identidades consistentes en el tiempo, la descomposición de las endebles identidades previas, desnaturalizadas por la propagación irrefrenable de la pobreza -que genera la individuación anómica en el mundo de la exclusión en lugar de tender a la confrontación y a la formación de actores globalizadores en lucha por apropiarse de la orientación del todo social- actúa en favor de la relación líder-masas, culmina en el regreso del líder. Cuando una sociedad está atomizada, sin grupos secundarios, asociaciones intermediarias o corporaciones, sostiene el autor, en los hechos delega su unidad a la institución estatal y está inermes frente a ella. En esas condiciones el estado es libre para manipular a la población sin que nada amenace a su independencia.

Alberti (1995), también con una mirada pesimista, sostiene que es la lógica anti-institucional del movimientismo, característica del proceso político de los países de América Latina, la que aun gravita sobre la naturaleza de sus democracias actuales. Destacando la importancia del rol explicativo de la cultura política (definido como la forma predominante en que hacen política los distintos actores políticos), el autor sostiene que la forma predominante de expresión de las identidades e intereses en la mayor parte de América Latina desde el comienzo del intenso desarrollo capitalista a principios de este siglo, ha sido la movilización de fuerzas sociales emergentes a través de movimientos colectivos anti-institucionales. Estos movimientos proveyeron la base para la formación de nuevas identidades políticas, siguieron una lógica de articulación política amigo-enemigo que chocó con un orden institucional en descomposición pero elástico. El movimientismo entonces, es una cultura política, una forma particular de hacer política en la cual

todos los principales intereses de la sociedad están expresados en movimientos poco organizados, dirigidos por líderes carismáticos que dicen representar los ‘verdaderos’ intereses de la nación, que no reconocen la legitimidad de sus contrincantes; al existir un solo movimiento y no partes el movimientismo se vuelve antitético al pluralismo democrático. El autor sostiene que esta lógica, que se desplegó como el modo predominante de articulación entre estado y sociedad civil en la larga duración, explica mejor que nuevas denominaciones como neopopulismo o democracia delegativa, los rasgos de las nuevas democracias latinoamericanas.

Su hipótesis central es que en la mayoría de los países latinoamericanos la lógica *movimientista* de la articulación política ha impedido la diferenciación estructural entre el estado, el sistema político y la sociedad civil y también ha determinado, en gran parte, su naturaleza peculiar. El estado se ha identificado con la conducción del movimiento en el poder o con las fuerzas anti-movimiento que lo derrotaron, y el sistema político nunca ha avanzado más allá de una etapa embrionaria a raíz de la lógica hegemónica del modo movimientista de hacer política. Como consecuencia, la sociedad civil ha permanecido horizontalmente débil y ha sido incorporada verticalmente en forma segmentada. El autor afirma que la lógica movimientista política de expresión, agregación, articulación y lucha de identidades e intereses ha llevado ya sea a la *fusión* (Garretón 1983, Touraine 1993) entre Estado, sistema político y segmentos de la sociedad civil en una tendencia algo totalitaria (lo que Germani llamó regímenes nacional-populares) desnaturalizando al estado, sistema político y sociedad civil; ya sea a la *represión* del sistema político y a la desarticulación de estado y sociedad civil. Estas son las condiciones estructurales que no sólo

bloquearon la institucionalización de todo régimen desde la crisis oligárquica sino que también dificultaron cada intento nuevo de institucionalización debido a la progresiva expansión de la arena política y la proliferación de rivales por el poder, cada uno de los cuales seguía la misma lógica movimientista.

Otra forma de enfocar los fenómenos recientes que algunos han llamado ‘neopopulismo’ es la de Lazarte (1992) quien, analizando a Bolivia, sostiene que el surgimiento rápido de nuevos liderazgos con fuerte apoyo social (sobre todo en el sector informal), es a la vez, resultado de las fallas de los partidos en tanto estructuras de mediación y de las reorientaciones de la población. Como no se trata únicamente de los movimientos, sino de una forma de hacer política, en lugar de usar el término ‘neopulismo’, preferirá referirse al conjunto en términos de ‘informalización de la política’, entendiendo como tal el proceso que se desarrolla al margen y en contra de la política tradicional pero también de la institucionalidad democrática, con la cual mantiene vinculaciones ambiguas. En la tradicional desconfianza de la población a toda forma de representación indirecta, sostiene que han jugado tanto tradiciones culturales como experiencias políticas pasadas y presentes expropiatorias de la voluntad colectiva.

Según este autor, una de las vías de legitimación del sistema político democrático es la acción de sus actores centrales, los partidos políticos, que deben producir legitimidad del sistema y de ellos mismos ante la sociedad. Esta producción de legitimidad depende a su vez de que los partidos cumplan su función de mediación entre la sociedad civil y el sistema político, función imprescindible, tanto o más que el mecanismo electoral o la universalización ciudadana que define la titularidad del poder. El problema principal de los

partidos en un país en el que la fuente de legitimidad electoral con frecuencia ha sido subsidiaria a otras (como por ejemplo, la legitimidad que emanaba de la Revolución de 1952) el problema que los inhabilita para realizar adecuadamente esta función central, reside en que no pueden abandonar la pura lógica del poder con la que siempre funcionaron; es decir, que se han dejado ganar por el juego interior al sistema político y han dejado de representar. Entonces, la sociedad queda a la deriva sin contención partidaria y surgen líderes de nuevo cuño que tienden a recoger las demandas y expectativas de la población, desoídas por los partidos. Lazarte argumenta que, en todo caso se comprenderá mal a estos movimientos si sólo se tiende a descalificarlos y no se explica su surgimiento como una respuesta funcional a determinadas demandas sociales no cubiertas; entre ellas las que provienen de las fallas en el sistema de representación y las de servicio y de bienestar para una población afectada profundamente por la crisis.

Los autores anteriores llaman la atención a los problemas relacionados con el debilitamiento de los órdenes intermedios, la lógica anti-institucional, y los problemas de la función mediadora de los partidos. A estos temas Roberts agrega otro elemento. Este autor postula que a pesar de que previos trabajos han sostenido que populismo y neoliberalismo son antitéticos porque el populismo se asocia con políticas estatistas y redistributivas y el derroche fiscal, neoliberalismo y populismo tienen sorprendentes simetrías y afinidades. A través de la presentación del caso peruano, afirma que la emergencia de nuevas formas de populismo pueden complementar y reforzar al neoliberalismo en ciertos contextos aunque adopte una forma diferente del populismo clásico de Perón, Vargas y Haya de la Torre. Esta nueva variante liberal del populismo (en

oposición a una forma estatista) está asociada a la desintegración de las formas institucionalizadas de representación política que ocurre con frecuencia durante períodos de trastornos sociales y económicos. Roberts postula que en lugar de representar el eclipse del populismo, el neoliberalismo podría ser un componente necesario de su transformación, a medida que el populismo se adapta a las estructuras cambiantes de restricciones y oportunidades. Para este autor el populismo, que debe desvincularse de cualquier fase o modelo de desarrollo socioeconómico, es un rasgo recurrente de la política en América Latina atribuible a la fragilidad de la organización política autónoma entre los sectores populares y la debilidad de las instituciones intermedias que articulan y canalizan las demandas sociales dentro de la arena política. El nexo teórico entre el populismo y el neoliberalismo tiene su fundamento, afirma, en la tendencia recíproca a explotar -y exacerbar- la desinstitucionalización de la representación política. En última instancia los dos fenómenos se refuerzan mutuamente.

3. Los problemas del populismo

Hay que señalar primero que el problema principal que tienen, a nuestro juicio, la mayoría de las interpretaciones, estudios y artículos sobre populismo, antiguos y/o recientes es que, en su gran mayoría, se parte desde un lugar que lleva a destacar las características negativas del fenómeno y, por ende, a definirlo por la carencia (lo que no se desarrolla, lo que se frustra, lo que falta, lo que queda trunco), una suma de ausencias, en fin. Con frecuencia los trabajos revelan una actitud más bien normativa hacia la elucidación y definición del fenómeno, fundada en una contrastación

con el modelo clásico de desarrollo capitalista europeo respecto del cual América Latina es, en el mejor de los casos, una desviación. En particular, los fenómenos de populismo se definen por la falta de conciencia de clase y de autonomía política de los sectores trabajadores, rasgos que presentarían en abierto contraste con los países de referencia, atribuidos generalmente a la falta de conciencia de una clase trabajadora masificada, en estado de disponibilidad política, muy distante de la nítida conciencia de clase y los lazos de solidaridad interna entre los trabajadores europeos del siglo XIX.

De los análisis del populismo clásico emergen sociedades de masa, precariamente cohesionadas, que sobreviven gracias a frágiles e inestables equilibrios, meros regímenes de sustitución para sobrevivir la crisis; de los trabajos sobre ‘neopopulismo’, emergen sociedades anómicas a la merced de gobiernos autoritarios e instituciones, social y políticamente fragmentadas a la deriva, sin capacidad de representarse políticamente.

A diferencia de estos enfoques, nos interesa pensar el fenómeno populista, esa franja de experiencia política y social tan recurrentemente mentada en América Latina, en primer lugar, de manera *afirmativa*, identificando y destacando lo que hay y no lo que no hay. En segundo lugar, a diferencia de algunos autores que hacen hincapié en una sola dimensión, reduciendo un fenómeno rico y complejo a un único elemento aislado, queremos pensar en la dirección de una articulación de rasgos⁶. Si se quiere utilizar el

6 Un ejemplo de esta manera de pensar una conceptualización de populismo es la de Drake (1982:219-20) para quien el término ha sido utilizado principalmente en América Latina, con mucha amplitud, para hacer referencia a tres patrones políticos interrelacionados: un estilo de movilización política, una heterogénea coalición social y un conjunto de políticas reformistas. Agrega el autor que las tres características están interrelacionadas y que un movimiento que evidenciara claramente la conjunción de los tres elementos se correspondería bastante bien con una definición descriptiva aceptable del populismo. Wefort también propone una conceptualización de populismo como articulación de rasgos. Su

término populismo y el de ‘neopopulismo’ (aunque la existencia de ‘neopopulismo’ es parte del debate) para abarcar a los dos momentos históricos, es necesario proponer una ‘unidad analítica mínima’ que trascienda los distintos períodos históricos y los diversos espacios nacionales y sustente el concepto ‘populismo’. Los atributos que podrían conformar esta unidad analítica mínima son los siguientes: a. la crisis como condición de emergencia, b. la experiencia de participación como sustento de la movilización popular y c. el carácter ambiguo de los movimientos populistas.

a. Desde el plano de las condiciones de emergencia se puede señalar, primero, *una situación de crisis y de cambio*. Cada vez que aparece el término ‘populismo’ (incluso en los primeros lejanos casos de Rusia y Estados Unidos) en trabajos académicos o en la prensa, América Latina transita una coyuntura de crisis y cambio estructural profundo: ya sea la que derivó de la confluencia de la crisis del estado oligárquico y la crisis económica internacional de 1929, en la que cambiaba no sólo la relación entre el estado y el patrón de acumulación sino también la relación entre estado y masas; ya sea la emergencia económica resultante de la crisis de la

modelo de populismo se basa en “una crisis en curso, una forma de transición políticamente inestable, un intento de modernización, la integración de nuevos grupos sociales a la esfera política y la demagogia electoral de líderes ansiosos por controlar masas en crecimiento” según lo resume Taguieff (1996:49). Roberts (1992), en una propuesta interesante desde la forma, propone tratar al populismo como ‘categoría radial’ que abarque el populismo clásico y el actual. Propone una construcción sintética del término que se base en los siguientes cinco rasgos que hacen al núcleo del concepto: un patrón personalista y paternalista de liderazgo político; una coalición política policlasista, heterogénea concentrada en los sectores subalternos de la sociedad; un proceso de movilización política de arriba hacia abajo, que pasa por alto las formas institucionalizadas de mediación o las subordina a vínculos más directos entre el líder y las masas; una ideología amorfa o ecléctica, caracterizada por un discurso que exalta los sectores subalternos o es antilutista y/o *antiestablishment*; y un proyecto económico que utiliza métodos redistributivos o clientelistas ampliamente difundidos con el fin de crear una base material para el apoyo del sector popular. Carlos Vilas (1994:38-42) también argumenta a favor de la articulación en una experiencia particular de un conjunto de rasgos determinados. —

deuda externa de los ochenta que ha conducido a un nuevo ‘patrón de desarrollo’ orientado por las reformas neoliberales. Las coyunturas de crisis, los momentos de rupturas y grandes transformaciones parecen ser campo propicio para los populismos: cuando todo salta por los aires, cuando se despliegan situaciones vertiginosas de gran fluidez política y social con inestabilidad, cambio, problemas de incorporación, etc. aparecen los grandes articuladores integrando a las masas, introduciendo cambios que rearticulan el sistema político y el funcionamiento del Estado, disminuyendo las zonas de incertidumbre colectivas provocadas por las coyunturas de cambio a través de su estilo personalizado y plebiscitario de gestión del poder político.

b. Un segundo rasgo fundamental, que se refiere a la naturaleza del populismo, es la valoración de *la dimensión participativa*, sustantiva de la democracia por sobre la dimensión representativa o ‘liberal’. Se trata de una idea que también se puede conjugar con el comentario de Germani (1977:33) de que la originalidad de los regímenes nacional-populares reside en la naturaleza de la participación: no se produce a través de los mecanismos de la democracia representativa, sino que “entraña el ejercicio de cierto grado de libertad efectiva, completamente desconocida e imposible en la situación anterior”; entraña no sólo un elemento de espontaneidad sino un grado inmediato de experiencia personal, son “formas inmediatas de participación”, con consecuencias concretas en la vida personal de los individuos. Los populismos son experiencias que tienen que ver con una idea de participación, de democracia directa y con un énfasis en el heterogéneo conjunto de sectores sociales, en la unidad del pueblo como valor último; pero, aunque son anti-liberales no son anti-democráticos.

Aunque en general los autores acuerdan sobre la existencia de la participación como característica central de los populismos, surgen profundas divergencias a la hora de su caracterización. Para muchos es una dimensión crítica porque se desenvuelve a espaldas de las mediaciones institucionales y está asociada a una participación heterónoma. Esta visión crítica es una visión que define la institucionalización en términos de la democracia liberal, y es una definición, uno podría decir, restringida porque no da cabida a otras formas de participación institucional. Con frecuencia los analistas del populismo parecen imponer estándares de liderazgo, participación de masas, coherencia de clase, consistencia ideológica y cumplimiento programático excesivamente altos a los movimientos populistas de América Latina (Drake 1982:197). En este sentido, parece necesario, en todo caso, revisar con cuidado los dos momentos históricos y decidir la forma en que se va a caracterizar al populismo clásico en este sentido, definir lo que significa el término ‘institucionalización’ y también hacer claros los patrones históricos contra los cuales es medido en cada caso. Hasta Zermeño (1989:137), hablando de ‘neopopulismo’, afirma que sería mejor hablar de una relación líder-masas, o popular nacional, que de populismo, pues en muchos ejemplos de América del Sur, el populismo significó el fortalecimiento de los órdenes intermedios de representación (a través de partidos y sindicatos). Roberts (1995:115) también señala que los populistas clásicos construyeron partidos y organizaciones sindicales para complementar su capacidad de convocatoria personal e incorporar a sus seguidores en el sistema político, algo que la nueva generación de populistas liberales parecen poco dispuestas a hacer.

c. Otra característica que permanece (y ya hemos señalado), es la *ambigüedad* histórica inherente del populismo o de los populismos. Como hemos señalado, el populismo clásico aparece en el escenario con la revolución mexicana y la revolución rusa como telón de fondo; en la mirada de algunas elites está la conciencia del peligro y la intención de aventarlo en lo posible: sofocar el genio popular que, librado a sus designios, podría hacer estallar el orden burgués. El populismo puede ser pensado desde la intención de sus promotores como una operación de cooptación en gran escala que deviene en elemento conflictual del orden que quiere preservar. Pero una visión puramente normativa de este tipo capta solamente los elementos de cooptación, de manipulación, de atrofiamiento de una posibilidad de autonomía. Si uno abandona este tipo de perspectiva, se advierte que los populismos en la realidad contienen un componente de cambio, un elemento revulsivo que supera a los procesos que los líderes populistas han contribuido a poner en marcha. Muchas elites promotoras son *outsiders* del escenario político. En la plaza pública a veces no se sabe bien quien dirige la palabra, la figura en el balcón o la multitud en la plaza. Junto con el componente de dominación, cooptación y manipulación (donde hay fenómenos más represivos y más incorporadores) encontramos el movimiento de una experiencia participativa, liberadora, una experiencia de revulsión, y de conflictualidad.

Una forma de expresar esta ambigüedad es la de Weffort (1968b:56-64) quien afirma que el populismo fue un “modo determinado y concreto de manipulación de las clases populares que no participaron en forma autónoma pero fue también un modo de expresión de sus insatisfacciones; una estructura de poder para los grupos dominantes pero también una forma de expresión políti-

ca de la irrupción popular en el proceso de desarrollo industrial y urbano; un mecanismo de ejercicio de dominio pero también una manera a través de la cual ese dominio se encontraba potencialmente amenazado”. Otra manera de expresar esta ambigüedad es la de James (1990:346) que señala la existencia de lo que llama “la paradójica conciencia de la clase obrera”. El autor afirma que “la lealtad a un movimiento cuya ideología formal predicaba la virtud de la armonía de clases, la necesidad de subordinar los intereses de los trabajadores a los de la nación, y la importancia de obedecer con disciplina a un Estado paternalista, no eliminaron la posibilidad de resistencia de la clase obrera ni del surgimiento de una fuerte cultura de oposición entre los trabajadores”. James señala el doble carácter de la conciencia obrera: junto con la posibilidad de subordinación de los intereses de clase a los de la nación y a un estado paternalista, existe también la posibilidad de que se desarrolle conciencia de clase y el carácter herético y plebeyo que tuvo -en este caso- el peronismo.

Ahora bien, éstos son algunos rasgos que conformarían esa ‘unidad analítica mínima’ que abarcaría al populismo a través de la historia. Sin embargo, existen también importantes diferencias entre ambos períodos y entre los casos nacionales en cada uno de esos períodos. Cada país tiene matices específicos, resultado de una trayectoria particular, de una conformación social diferente y de tradiciones políticas propias. Señalemos algunas de las diferencias que podríamos organizar en torno a los siguientes ejes:

a. la base social: ¿quiénes son los sujetos sociales que participan de la experiencia populista clásica? Uno de los problemas del análisis del populismo, relacionado con el carácter social heterogéneo de las coaliciones, es la caracterización de los grupos

o clases sociales y la relación entre ellos: cómo se vinculan burguesías, trabajadores industriales urbanos, clases medias urbanas y/o rurales, campesinos y terratenientes, según el caso.

Si se desagrega el estudio del populismo clásico en términos de actores, podríamos afirmar que existe más coincidencia entre el varguismo y el peronismo que con el cardenismo o la revolución boliviana de 1952 (aunque no todos están de acuerdo en que Bolivia sea un caso populista). En los dos primeros casos la burguesía nacional o local (como la llama O'Donnell) y el proletariado industrial aparecen como actores imprescindibles del populismo latinoamericano. En el México cardenista, sin embargo, aparecen unos protagonistas nuevos: los campesinos, que ampliaron las bases sociales de la revolución. En el caso boliviano podríamos preguntar ¿Quiénes forman parte de la alianza o la base social que sustenta al MNR (Movimiento Nacionalista Revolucionario) en 1952? ¿incluye o excluye a los campesinos? Por otro lado, ¿qué papel juegan las clases medias en los distintos casos nacionales? En la discusión de los casos se deberá prestar atención, entonces, a la presencia o ausencia de las distintas clases (por ejemplo, es difícil hablar sobre trabajadores industriales en el Ecuador de la década del 40), el papel que juegan en las alianzas o coaliciones y cómo se articulan en cada país. Por último, otro punto que debe tenerse en cuenta es que en América Latina, se superponen relaciones de clase y relaciones étnicas e interétnicas.

En general, la literatura reciente sostiene que el populismo clásico se basó sobre todo en la clase trabajadora urbana en ascenso y en los 'sectores populares', mientras que en los tiempos del 'neopopulismo', el apoyo principal proviene de los sectores urbanos informales y los pobres rurales. Se sostiene que los trabajado-

res constituyeron una base más estable, menos volátil que los segundos, tenían más capacidad organizativa, autonomía relativa y, por lo tanto, una mayor capacidad de presión y de control sobre la acción del estado, y menor susceptibilidad frente a las promesas de líderes populistas. Además, como los sectores informales no tienen vehículos de representación estables, la acción colectiva se atomiza y/o se transforma en una combinación caótica de elementos que en los hechos delega su unidad en el estado, generando la independización de los aparatos y las dirigencias (Zermeno 1989; Roberts 1995; Weyland 1996; Cameron 1991; Arce 1996).

b. Incorporación-exclusión, esta diada tan importante de la tradición política latinoamericana parece ser el indicador más claro de las diferencias entre los dos períodos populistas. En esta introducción sostenemos que la dimensión fundamental del populismo clásico es la capacidad de incorporación no solamente en el nivel social (a través de la legislación, de los derechos sociales) sino también en el nivel político (a través de la institucionalización de la participación política por parte de estado) y en el plano simbólico (a través de la noción de pueblo y el nacionalismo) de una amplia franja de sectores sociales excluidos en los regímenes anteriores (este punto se desarrolla también en la sección IV). De todas maneras, esta incorporación debería ser referida a cada caso nacional y examinada en mayor profundidad no sólo respecto de los sectores sociales incluidos sino también respecto al carácter de la incorporación efectuada.

Frente a la lógica incorporadora universal del populismo clásico, el ‘neopopulismo’ en cambio, llevaría adelante una incorporación selectiva que fragmenta a los sectores subalternos. Gran parte de la integración durante el primer período se realizó a través de la

incorporación amplia a sindicatos y partidos y a través de la sanción de legislación social (legislación laboral, creación de sistemas de salud, vacaciones, jubilación, aumento del salario real, etc.); el ‘neopopulismo’, en cambio, incorporaría a través de programas económicos focalizados en determinados sectores de la población, erosionando los mecanismos institucionales e integrando en forma fragmentada. Además se sostiene que acciona en contra de los sectores organizados de la sociedad civil (trabajadores, clases medias, empresarios, y -en otro nivel- las ‘clases políticas’), que pierden peso social, se desarticulan y se convierten en las víctimas de las nuevas medidas reordenadoras del mercado.

Bibliografía

- Adelman Jeremy (1992): “Reflections on Argentine. Labour and the Rise of Peron“. En: *Bulletin of Latin American Research*, Vol.11, nº 3, September 1992.
- Alberti, Giorgio (1995): “‘Movimientismo’ and democracy: an analytical framework and the Peruvian case study”, paper prepared for the international conference on The challenge of democracy in Latin America: rethinking state society relations. Rio de Janeiro, IUPERJ, IPSA.
- Allock, J.B (1971): “Populism, a brief biography”. En: *Sociology*, september 1971.
- Ansaldi, Waldo (1994) “Dudas hamletianas en verde y amarillo. El ser o no ser de Brasil”. En: Alvares Junco, José / González Leandri, Ricardo (comps) *El Populismo en España y América*. Madrid. Catriel

- Calderón, Fernando(1987): “América Latina: modernidad y tiempos mixtos o cómo tratar de pensar la modernidad sin dejar de ser indios”. En: *David y Goliath*, Año XVII, NQ52, septiembre de 1987.
- Cameron, Maxwell (1991): “The politics of the urban informal sector in Perú: populism, class and ‘redistributive combines”’. En: *Canadian Journal of Latin American and Caribbean Studies* 16 pp. 79-104.
- Canovan, Margaret (1981): *Populism*. New York and London. Harcourt Brace Jovanovich.
- Cardoso, Fernando H. /Faleto, Enzo (1969) *Dependencia y Desarrollo en América Latina. Ensayo de Interpretación Sociológica*. México. Siglo XXI.
- Collier, David (comp.): (1979) *El Nuevo Autoritarismo en América latina*. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica.
- Collier, Ruth Berins, /Collier, David (1991): *Shaping the Political Arena. Critical Junctures, the Labor Movement and Regime Dynamics in Latin America*. Princeton University Press.
- De la Torre, Carlos (1992): “The Ambiguous Meanings of Latin American Populisms”. En *Social Research*, Vol. 59, N° 2, Summer 1992.
- Di Tella, Torcuato (1977): “Populismo y reformismo”. En: Ianni, Octavio (comp.). *Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica*. México. Serie Popular Era.
- Dornbusch, Rudiger, y Edwards, Sebastian (comps.)(1992): *Macroeconomía del Populismo en la América Latina*. México. Fondo de Cultura Económica.

- Drake, Paul (1982): "Conclusion: Requiero for Populism?" En: Michael Connif (ed.). *Latin American Populism in Comparative Perspective*. Albuquerque. New México University Press.
- French, John D (1992): *The Brazilian Worker's ABC. Class Conflict and Alliances in Modern São Paulo*. Chapel Hill and London. The University of North Carolina Press.
- Garretón, Manuel Antonio (1983): *El proceso político chileno*. Santiago. FLACSO.
- Germani, Gino (1962): *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*. Buenos Aires. Paidós.
- Ianni, Octavio (1977): "Populismo y relaciones de clase". En: Ianni, Octavio (comp.). *Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica*. México. Era/21.
- Ionescu, Ghita,/Gellner, Ernest (comps.) (1970): *Populismo, sus significados y características nacionales*. Buenos Aires. Amorrortu.
- Ipola, Emilio de, / Portantiero, Juan Carlos (1994): "Lo nacional-popular y los populismos realmente existentes" En: Vilas, Carlos (comp.). *La Democratización Fundamental. El Populismo en América latina*. México. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- James, Daniel (1988): *Resistencia e Integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina 1946-1976*. Buenos Aires. Sudamericana.
- Lazarte, Jorge (1998): "Partidos e informalización de la política". En: Mackinnon. Moira / Petrone, Mario. *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la Cenicienta*. Buenos Aires. EUDEBA

- Laclau, Ernesto (1977): *Política e Ideología en la Teoría Marxista, Capitalismo, Fascismo, Populismo*. Siglo XXI. 1986.
- Moscoso Perea (1990): *El populismo en América Latina*. Madrid. Centro de Estudios Constitucionales.
- Mouzelis, Nicos (1985): "On the Concept of Populism: Populist and Clientelist Modes of Incorporation in Semiperipheral Polities". En: *Politics and Society*, vol. 14, N113, 1985, p. 329.
- Murmis, Miguel, Portantiero, Juan Carlos (1971): *Estudios sobre los orígenes del peronismo*. Buenos Aires. Siglo XXI.
- Roberts, Kenneth (1998): "El neoliberalismo y la transformación del populismo en América Latina. El caso peruano" En: Mackinnon, Moira / Petrone, Mario, (1998) *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la Cienicienta*. Buenos Aires. EUDEBA
- Roxborough, Jan (1981): "The Analysis of Labour Movements in Latin America: Typologies and Theories" En: *Bulletin of Latin American Research*, vol. 1, n° 1, October.
- _____ (1984): "Unity and Diversity in Latin American History", *Journal of Latin American Studies*, N°16.
- _____ (1987): "Populism and Class Conflict" En: Archetti Eduardo/ Camack Paul / Roberts Bryan (eds.). *Sociology of Developing Societies: Latin America*. London. Macmillan.
- Sidicaro, Ricardo (1998): "Consideraciones sociológicas sobre las relaciones entre el peronismo y la clase obrera en Argentina". En: Mackinnon, Moira / Petrone, Mario, (1998) *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la Cienicienta*, Buenos Aires. EUDEBA.

- Stein, Steve (1987): "Populism and Social Control". En: Archetti Eduardo/ Camack Paul / Roberts Bryan (eds.). *Sociology of Developing Societies": Latin America*. London. Macmillan.
- Stein, Steve (1980): *Populism in Peru: the emergence of the masses and the politics of social control*. Madison. The University of Wisconsin Press. .
- Taguieff, Pierre-André (1996): "Las ciencias políticas frente al populismo: de un espejismo conceptual a un problema real". En: *Populismo Posmoderno*. Buenos Aires. Universidad Nacional de Quilmes,
- Torre, Juan Carlos, / Sigal, Silvia (1985): "Sindicatos y trabajadores en la coyuntura populista". En: Vilas, Carlos (comp.). *La Democratización Fundamental El populismo en América Latina*. México. Consejo nacional para la Cultura y las Artes.
- Torre, Juan Carlos (1990): *La vieja guardia sindical y Perón. Sobre los orígenes del populismo*. Buenos Aires. Sudamericana.
- Touraine, Alain (1998): "Las políticas nacional- populares". En: Mackinnon, Moira / Petrone, Mario, (1998) *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la Cenicenta*. Buenos Aires. EUDEBA
- Viguera, Anlbal (1993): " 'Populismo' y 'neopopulismo' en América Latina". En: *Revista Mexicana de Sociología*, UNAM, julio-septiembre 1993, Año LV, N23.
- Vilas, Carlos (1985): "Entre la democracia y el neoliberalismo: los caudillos electorales de la posmodernidad" En: *Socialismo y Participación*, 69, México, Consejo nacional para la Cultura y las Artes.

- Vilas, Carlos (Comp.) (1994): *La Democratización Fundamental. El Populismo en América Latina*. México. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Walicki, Andrej (1970): “Rusia”, En: Ionescu, G / Gellner, E (comps.). *Populismo. Sus significados y características nacionales*. Buenos Aires. Amorrortu.
- Weffort, Francisco (1968): “Clases populares y desarrollo Social (Contribución al estudio del “Populismo”)”. En: *Revista Paraguaya de Sociología*, Centro Paraguayo de estudios Sociológicos, Año 5, N°13, diciembre.
- _____ (1998): “El populismo en la política brasileña”. En: MacKinnon, Moira / Petrone, Mario, (1998) *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la Cenicienta*. Buenos Aires. EUDEBA
- Weyland, Kurt (1996): “Neo-populism and Neo-liberalism in Latin America: Unexpected Affinities”. En: *Studies in Comparative International Development*, 31, Fall, pp. 3-31.
- Worsley, Peter (1970): “El concepto de populismo”. En Ionescu, G / Gellner, E. (comps.). *Populismo, sus significados y características nacionales*. Buenos Aires. Amorrortu.
- Zermeño, Sergio (1989): “El regreso del líder: crisis, neo liberalismo y desorden”. En: *Revista Mexicana de Sociología*, octubre-diciembre.